

los persas

historia de la
dinastía aqueménida

Manel García Sánchez



EDITORIAL
SINTESIS

LOS PERSAS

Historia de la dinastía aqueménida

Temas de Historia Antigua

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LOS PERSAS

Historia de la dinastía aqueménida

Manel García Sánchez



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Manel García Sánchez

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 979-13-7055-014-1
Depósito Legal: M. 18.020-2026

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1. PREFACIO: SABIDURÍAS NO TAN BÁRBARAS.	13
2. LA FUNDACIÓN DE UN IMPERIO MULTIÉTNICO Y MULTICULTURAL (550 A. C.-330 A. C.)	21
2.1. <i>De medos a persas: de Anšān a la fundación del imperio aqueménida</i>	22
2.2. <i>Ciro el Grande: el príncipe ideal</i>	30
2.3. <i>Cambises: el déspota enajenado</i>	39
2.4. <i>Darío I: el creador del imperio</i>	43
2.5. <i>La soberbia de Jerjes</i>	52
2.6. <i>De Artajerjes I a Darío III</i>	54
2.7. <i>Grandes reyes e ideología real aqueménida</i>	65
2.8. <i>La corte y la familia real: mujeres y eunucos</i>	74
2.9. <i>Las conjuras del harén y la lucha por la sucesión</i>	84
2.10. <i>La corte y los mecanismos del poder</i>	96
3. LA ADMINISTRACIÓN DEL IMPERIO	101
3.1. <i>Las satrapías y organización territorial del imperio</i>	102
3.2. <i>Economía y fiscalidad: moneda, pesos y medidas</i>	113
3.3. <i>Las capitales imperiales y las calzadas reales: una corte nómada</i>	118
3.4. <i>La sociedad persa</i>	122

4.	LA RELIGIÓN DEL GRAN REY.....	125
4.1.	<i>El calendario y las festividades iránias</i>	126
4.2.	<i>De Ahura Mazda a Mitra y Anahita</i>	130
4.3.	<i>Zoroastrismo o no zoroastrismo: los aqueménidas y el Avesta</i>	135
4.4.	<i>El sacerdocio de los magos</i>	137
4.5.	<i>La mentira y la verdad: mazdeísmo, moral y educación persa</i>	139
4.6.	<i>Rey de justicia y vicario de Dios</i>	141
4.7.	<i>Las tumbas reales: mazdeísmo, culto real y mundo funerario.....</i>	142
4.8.	<i>La tolerancia religiosa</i>	145
5.	EL GRAN REY EN LA GUERRA	149
5.1.	<i>Un ejército multiétnico y plurinacional.....</i>	152
5.2.	<i>Equitación, tiro al arco y lanzamiento de jabalina: la caza y la guerra</i>	156
5.3.	<i>Pompa y circunstancia: organización y equipamiento militar</i>	158
5.4.	<i>Cambises y la creación de la armada aqueménida</i>	162
5.5.	<i>El choque greco-persa: de Ciro el Grande a Alejandro Magno</i>	165
6.	EL ARTE AQUEMÉNIDA	173
6.1.	<i>Persépolis o el poder de las imágenes</i>	174
6.2.	<i>Jardines persas y paraísos.....</i>	181
6.3.	<i>La iconografía real</i>	184
6.4.	<i>La vajilla de mesa</i>	187
6.5.	<i>El oro del gran rey</i>	193
7.	LA HERENCIA DE PERSIA: EL BÁRBARO O LA INVENCION DE LA ALTERIDAD. ...	197
	SELECCIÓN DE DOCUMENTOS.....	201
1.	<i>La leyenda sobre el nacimiento de Ciro el Grande y su ascenso al trono</i>	201
2.	<i>Cilindro de Babilonia de Ciro el Grande.....</i>	205

3. <i>Decreto de Ciro ordenando la restauración del Templo de Jerusalén (Esdras 6.1-7)</i>	209
4. <i>Cambises en Egipto: la autobiografía del médico Udjahorresnet</i>	210
5. <i>Relato de Ctesias de Cnido sobre cómo Cambises asesinó a su hermano Tanioxarces, muerte de Cambises y ascenso de un mago al trono aqueménida</i>	214
6. <i>Darío I: Inscripción de Behistún o la Piedra de Rosetta persa</i>	216
7. <i>Carta de Darío I a Gadatas</i>	227
8. <i>Una bella muerte en las Termópilas (480 a. C.)</i>	228
9. <i>La Paz del Rey (387/6 a. C.)</i>	231
10. <i>El complot contra Darío III</i>	232
 CUADRO DINÁSTICO	 235
 CRONOLOGÍA	 237
 EDICIONES Y TRADUCCIONES	 239
 ABREVIATURAS	 241
 WEBGRAFÍA	 243
 BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	 245

2

LA FUNDACIÓN DE UN IMPERIO MULTIÉTNICO Y MULTICULTURAL (550 A. C.-330 A. C.)

La creación de un imperio acostumbra a ser obra del genio militar de uno o varios de sus líderes. Su fundación suma al talento militar la intuición de que sin estructuras institucionales, administrativas y culturales sólidas su pervivencia puede ser flor de un día. Es verdad que el mérito del genio militar correspondió a Ciro el Grande, pero la fundación del imperio aqueménida fue sin duda obra de Darío I, que dividió el territorio en satrapías, estableció un eficiente sistema tributario y una red de calzadas reales que lo vertebraban de oriente a occidente y de norte a sur, acuñó por primera vez moneda, fijó por escrito la lengua de los antiguos persas en escritura cuneiforme y fundó una nueva capital en el año 518 a. C.: Persépolis.

Es cierto que alcanzar el rango de imperio y llevar este a su auge fue obra de varios grandes reyes aqueménidas, y en la creación del imperio más grande de la Antigüedad, desde las estepas rusas a Egipto o desde el mar Negro a la India, desempeñaron también su papel Cambises II o

Artajerjes III. Otros nombres de monarcas se asocian a la decadencia del imperio, así Jerjes, Artajerjes II o Darío III Codomano, pero lo cierto es que eso fue una ficción retórica, sobre todo de la historiografía griega del siglo IV a. C., que se conjuga mal con un imperio cuya existencia alcanzó los dos siglos.

Es verdad que las fechas en historia tienen muchas veces el carácter de convención y, si un imperio no se crea en un día, su final, tras su conquista y su desaparición, deja tras de sí la inercia de sus logros culturales.

2.1. *De medos a persas: de Anšan a la fundación del imperio aqueménida*

El Estado que hoy en día conocemos como Irán fue desde la Antigüedad y hasta 1935 denominado Persia. La dinastía Pahleví y el parlamento soliditaron al resto de los países y Estados que se utilizara Irán como nombre oficial y Persia para su historia anterior y, por tanto, para la historia conocida como Persia aqueménida.

El término Irán proviene *Ērān-šahr* (“reino de los arios”), una denominación del siglo III de nuestra era, en época sasánida, pero documentada en una forma indoeuropea desde el segundo y primer milenio a. C. como *airya* en avéstico y *ārya* en védico, y se refería étnicamente a “los pueblos arios” (Lecoq, 1997: 31). Durante el reinado de Darío I apareció la denominación *ariya*, “ario”, que más allá de su valor étnico significaba también la lengua de los persas y su religión, el mazdeísmo, la religión de Ahura Mazda o Sabio Señor. Nada que ver con la etimología errónea del teórico del racismo Joseph Arthur de Gobineau, la identificación de “ario” con “indogermánico” del nacionalsocialismo y como antónimo de “judío”, o la megalomanía del *shah* de Persia, Mohammad Reza Pahleví, conmemorando los 2500 años del imperio persa en Persépolis y la invención de un título regio: “Rey de reyes, luz de los Arios” (Huyse, 2005: 10-13). Ario significaría en origen “hospitalario, noble, hogar o señor”, nada que ver, pues, con la raza ni con la superioridad y pureza racial (Llewellyn-Jones, 2024: 47), esta última, sin dudarla, un oxímoron.

El término Persia deriva también de una raíz indoeuropea *parš-/Par-sā* y significa “límite, frontera”, y es revelador que la primera mención

provena de los anales asirios de Salmanasar III (859-824 a. C.), en los que, al referirse a una región situada al sur del lago Urmia, se menciona *Parsumaš*, “aquellos del límite o frontera, los hombres de la tierra de Parsa”, sin duda los persas, en aquella fecha del 843 a. C. bajo dominio asirio (Llewellyn-Jones, 2024: 56). Estos habían iniciado su descenso hacia el sur, desde el norte del mar Caspio, y poco a poco se abrieron un corredor entre el este del mar Caspio y el mar de Aral. La denominación asiria no estaba falta de sentido, ya que medos y persas fueron dos pueblos iraníes que sustituyeron el nomadismo pastoril, de ganado vacuno y lanar, por el sedentarismo basado en la agricultura. A bueyes, ovejas y cabras acompañaban caballos y camellos, pilares de la expansión militar y comercial, respectivamente, de un pueblo nómada que al sedentarizarse iba a fundar un imperio. Los camellos persas recorrían las calzadas reales entre Oriente y Occidente y vuelta (Dandamaev, Lukonin, 1990) y en alguna iconografía cerámica griega de figuras rojas aparece el camello como el símbolo de Asia, de lo oriental y de los persas en particular (García Sánchez, 2009: 314).

Geográficamente, el reino de los persas aqueménidas se ubicó en la actual provincia de Fārs, en el suroeste de Irán, al sur de los lagos Van y Urmia. Tras atravesar el Cáucaso, se habría sedentarizado un grupo de arios nómadas hacia finales del segundo milenio a. C., mientras que otro grupo, el que daría lugar al reino de los medos, inició el mismo proceso de migración y sedentarización situando el epicentro de su reino en Ecbatana, la actual ciudad de Hamadán. Grupos de nómadas iraníes se instalaron entonces en el altiplano asiático e inauguraron la Edad del Hierro, dando lugar al nacimiento de dos pueblos y territorios diferenciados: el de los medos, por un lado, y el de los persas, por otro, que muy probablemente contaron con la anuencia del reino de Elam para instalarse en los territorios que conocemos como Media y Persia (derivado del griego *Persís*, traducción del topónimo *Pārsa* en antiguo persa). Se trataba de pastores que se desplazaban de aquí para allá combinando la ganadería con una agricultura de subsistencia (Briant, 1982a; 1982b).

Parece ser que estos advenedizos indoiranios potenciaron la jerarquización social, construyeron fortalezas, palacios y aldeas fortificadas –sin duda como mecanismo de control del espacio rural– y que gustaron del consumo de bienes de prestigio, como nos lo indican los hallazgos arqueológicos

de toréutica y orfebrería que iban a ser después un rasgo idiosincrático de la riqueza persa en el imaginario griego. Así pues, dispusieron de un tipo de organización estatal bien estructurada que evolucionó en complejidad gracias a los contactos con otros pueblos más desarrollados del Oriente Próximo y que permitió a mediados del siglo VI a. C. la creación de uno de los imperios más grandes que jamás hayan existido.

Un breve apunte sobre la geografía y el clima de Persia puede resultar de utilidad para entender el mérito y la dificultad de fundar un imperio como el aqueménida (Huyse, 2005: 29-31; Velázquez Muñoz, 2016: 1-18), puente entre China y Asia Menor y Europa, un territorio bisagra de la Ruta de la Seda. Geográficamente, salvo dos franjas estrechas de tierras bajas en la Caspiana, al norte, y a lo largo del monte Zagros y sobre las llanuras mesopotámicas entre el Tigris y el Éufrates, en el suroeste, Persia es una meseta que se eleva entre los mil y los dos mil metros de altitud sobre el nivel del mar, rodeada principalmente de montañas: el Zagros al oeste, el Cáucaso al norte, los montes Elburz en el noreste y el Hindukush y el Pamir en el este. Es esta una tierra rica en minerales (hierro, cobre, plomo argentífero y estaño) y piedras preciosas (alabastro, diorita, lapislázuli, ámbar amarillo). El valle alto alterna con el desierto de arena de Karakum y los desiertos de sal de Dasht-i-Kavīr y el Dasht-i Lūt, hecho que explica el carácter nómada de los antiguos persas. Las costas de Persia se extienden sobre el mar Caspio y el Océano Índico, y cuatro ríos definieron su geografía en la antigüedad: el Tigris, el Éufrates, el Oxus o Yaxartes (hoy Āmū Daryā y Syr Daryā) y el Indo.

Las zonas montañosas fueron siempre un obstáculo para la centralización del imperio, como bien pudo comprobar Alejandro en su conquista de las satrapías superiores del norte y el noreste, iniciándose el mito de Afganistán, Ariana entonces, como un territorio que ha supuesto un verdadero quebradero de cabeza para los imperios que lo han conquistado.

Pero quizás fue un clima de extremos el obstáculo mayor: continental en los valles mesopotámicos, subtropical en la Caspiana, tórrido en el Golfo Pérsico o en el Estrecho de Ormuz, hecho que propició que los reyes aqueménidas, como las grullas según Claudio Eliano (*NA* 3.13) o Jenofonte (*An.* 3.15; *Cyr.* 8.6.22), hicieran de la suya una corte itinerante entre las capitales del imperio (Briant, 1988; García Sánchez, 2008): Susa en primavera, Ecbatana en verano, y Persépolis en el equinoccio de primavera o

durante el equinoccio de otoño para la celebración del Año Nuevo iranio o *Nowruz* (Strabo 15.3.6; Diod. Sic. 17.70-71). Una red de calzadas reales y canales de riego vertebraron el reino e hicieron posible una agricultura y una ganadería prósperas en tierras y paraísos, parques en los que los persas aclimataban especies animales y vegetales provenientes de todas las latitudes del imperio (Briant 2001; Velázquez Muñoz, 2016; García Sánchez, 2020).

En las fuentes conservadas de Salmanasar III, en concreto en el Obelisco Negro, en el año 835 a. C. se menciona a otro pueblo iranio como *Amadaiia-Amadai-Mada-Madāyu*, KUR *a-ma-da-a-a*, los medos, cuya irrupción en la historia del Próximo Oriente provocaría la caída del Imperio asirio y el inicio del dominio iranio del Próximo Oriente hasta la llegada de Alejandro, a saber, desde la caída de Nínive en el 613 a. C. hasta la derrota y muerte de Darío III en el 330 a. C., el último Aqueménida (Masó Ferrer, 2016: 21-24, 33-50).

Aunque los griegos utilizaron el etnónimo “medo” para referirse a los persas aqueménidas (pensemos en la denominación “guerras médicas” o “medismo” o colaboración con los persas), se trataba de dos pueblos iranos distintos pertenecientes a la gran familia de los arios. Si los persas se ubicaron en la región de Fārs, los medos lo hicieron en la cordillera del Zagros, en la actual provincia de Hamadán, y desde allí se extendieron por los desiertos centrales y el macizo de Demavend. Los persas, mientras tanto, continuaron su migración hacia el sur hasta alcanzar el país de Anšan. Pero, aunque los griegos tendieron a utilizar indistintamente los étnicos “medos” y “persas” para referirse a un mismo pueblo bárbaro, de hecho solo los unía el ser indoeuropeos con un acervo común. La tradición posterior ha tendido también a utilizar Irán y Persia como sinónimos de una misma área geográfica y, en algunos momentos de la historia, de una misma configuración estatal, cuando existe una diferencia conceptual que es importante no desatender: Irán es un derivado del término antiguo persa *Aryānām*, o país de los arios; *aryā* fue el término utilizado en las inscripciones aqueménidas para destacar su superioridad y diferenciarse de los no-iranios, y *Aryān* un étnico que agrupaba al colectivo de pueblos indoeuropeos que se asentaron, hacia el paso del segundo al primer milenio a. C., en una extensísima región que abarcaba desde el Éufrates hasta el Ganges y, de norte a sur, desde el mar Caspio hasta el Océano Índico.

Heródoto y Ctesias de Cnido nos describen la historia del reino medo. Su primer soberano, Deyoces (709-656 a. C.), se dotó de una guardia personal y creó una institución que llamaría la atención de los autores clásicos: “los Ojos y los Oídos del Gran Rey”, una especie de servicio de inteligencia que asesoraba al soberano sobre las amenazas que se cernían sobre el reino, en especial la sedición o las ambiciones de los sátrapas o gobernadores provinciales, y también sobre los bienes codiciados por un imperio que justificasen una campaña de conquista, quizás las esclavas laconias o los higos áticos que, respectivamente y según los autores clásicos, impulsaron a Darío I y a Jerjes a iniciar las hostilidades contra los griegos conocidas como guerras médicas. Deyoces fundó también la que iba a ser una de las capitales del imperio aqueménida, Ecbatana (actualmente la irania Hamadán), capital de verano de los grandes reyes persas, según leemos en Jenofonte (*An.* 3.15; *Cyr.* 8.6.22), y símbolo del lujo persa. Aristófanes se refiere a ese lujo mediante la ornitotrofia persa y su gusto por los pavos reales, *Ecbatana pura* (*Ach.* 61-64). La cría de estas vistosas aves fue una de las manifestaciones supremas de la molicie oriental, según leemos en el comediógrafo ático cuando describe la fascinación ateniense por los pavos reales portados por los embajadores griegos en su retorno a Grecia, como Pirilampes, el padraastro de Platón (Miller, 1997: 190-192).

Deyoces fue sucedido por Fraortes (656-634 a. C.), y el reinado de este soberano es interesante porque fue entonces cuando los medos se anexionaron el territorio de los persas de Anšan y, de hecho, lo deberíamos considerar como el auténtico fundador del imperio medo (Masó Ferrer, 2016: 53; en contra Kuhrt, 2007: 20). Fraortes fue sucedido por Ciaxares (634-594 a. C.) que para Heródoto habría sido el creador del ejército medo, con su organización en caballería, lanceros y saeteros, como veremos, tres imágenes estereotipadas de los soldados aqueménidas en la representación de la alteridad persa en el imaginario clásico, en la iconografía cerámica en particular. Ciaxares hubo de hacer frente a los escitas y fijó la frontera del imperio medo con el reino de Lidia de Aliates en el río Halys. Determinante para el futuro del Imperio aqueménida fue el sometimiento de las regiones nororientales de Sogdiana (parte de los actuales Tayikistán y Uzbekistán), Bactriana (norte de Afganistán, sur de Uzbekistán y Tayikistán) y Drangiana (Afganistán occidental e Irán oriental), en especial la segunda por tratarse de una satrapía muy rica y asociada a la sucesión dinástica

(García Sánchez, 2014a). Se frenaban de esta manera las incursiones y el paso de los pueblos nómadas.

En el 613 a. C., una campaña conjunta de medos y babilonios puso sitio a la ciudad asiria de Nínive. El Imperio asirio llegaba a su hora final, que se produjo en el 610 a. C. Si bien es verdad que en Babilonia Nabopolasar y Nabucodonosor II fundaban el Impero neobabilónico, era la Media de Cíaxares la gran triunfadora, al haber eliminado a asirios y escitas. El dominio iranio nacía en el Próximo Oriente y, si bien los persas estaban sometidos a los medos, pronto Ciro de Anšán, el futuro Ciro el Grande, iba a inaugurar un dominio imperial aqueménida de más de dos siglos desde el Indo hasta el Mediterráneo.

Fuentes del Próximo Oriente (*Cilindro de Ciro; Inscripción de Behistún*) (Lecoq, 1997: 183, 187) y el mismísimo Heródoto nos informan sobre la nueva dinastía, si bien las tres listas dinásticas no coinciden plenamente y aparecen algunas omisiones sobre las que volveremos (cuadro 2.1).

CUADRO 2.1. Dinastía aqueménida hasta Jerjes

<i>Cilindro de Ciro (CB §7)</i>	<i>Inscripción de Darío I en Behistún (DB §1-3)</i>	<i>Heródoto (Historias 7.11)</i>
Teíspes, rey de Anšán	Aquemenes	Aquemenes
Ciro I, rey de Anšán	Teíspes	Teíspes
Cambises I, rey de Anšán	Ariaramnes	Cambises
Ciro II, rey de Anšán	Arsames	Ciro II
	Histaspes	Teíspes
	Darío	Ariaramnes
		Ársames
		Histaspes
		Darío
		Jerjes

Con todo, hoy parece haberse impuesto la siguiente cronología para los primeros reyes persas: Teíspes (ca. 635-610 a. C.), Ciro I (ca. 610-585 a. C.)

y Cambises I (ca. 585-559 a. C.), que al parecer adoptaron la titulación de los desaparecidos reyes elamitas. Algunos investigadores han propuesto que la dinastía aqueménida fuera en origen elamita (*Anšanitas*) y no persa, siendo Darío I el primer gran rey verdaderamente persa (Potts, 2005: 7-28; Potts, 2023; en contra: Zournatzi, 2011). Sobre ello volveremos más abajo, pero lo más común, en función de las fuentes disponibles, es aceptar que persas nómadas organizados en tribus gobernadas por un jefe tribal (*khān*, titulación típica de los jefes de clan y subordinados en Asia central) se fusionaron con los elamitas, un pueblo culturalmente al nivel de babilonios o asirios (ubicados en la actual Shush, en la frontera entre Irán e Iraq, y con capital en la antigua ciudad de Susa), y con los medos, bien por conquista, bien por una política de enlaces matrimoniales, aunque no debemos olvidar que persas y medos eran primos hermanos (Llewellyn-Jones, 2024: 45).

Ya hemos mencionado que en los anales de Salmanasar III aparecen por primera vez los persas, una veintena de jefes de clan o *khānān*, como se conocía a los jefes de clan en Asia central (Llewellyn-Jones, 2024: 45), pagando tributo al rey asirio. Otra inscripción asiria de Asurbanipal, a finales del 640 a. C. y narrando la conquista de Susa, menciona a un rey persa de nombre Kuraš, sin duda Ciro I de Anšan, abuelo de Ciro el Grande, el fundador del imperio, uno de los jefes de clan o quizás el más importante y del que conservamos un sello cilíndrico hallado en Persépolis (figura 2.1) con la inscripción “Kuruš de Anšan, hijo de Tišpiš” (PFS 93*) y como un guerrero a caballo cabalgando sobre cadáveres enemigos.

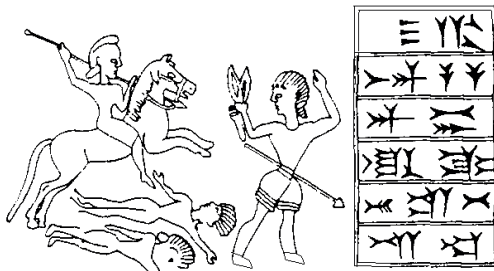


FIGURA 2.1. Sello cilíndrico de Ciro I. <http://www.livius.org/pictures/a/iran/seal-of-cyrus-of-ansan/>, CC BY-SA 4.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=42882063>

De hecho, a esa sociedad tribal hace mención Heródoto cuando explica que los persas se organizaban en tres tribus: los pasargadas (“portadores de garros”), los maspios (“con caballos”), y los marafios (“con carros”), si bien el historiador griego precisa que eran los pasargadas los más ilustres y que de su clan (*phratría*) procedían todos los reyes persas (Hdt. 1.125.3), elegidos como un *primus inter pares*.

La unidad básica de la vida social era la familia patriarcal (a.p. *taumā*). El cabeza de familia era un auténtico *pater familias* con poderes ilimitados. Un grupo de familias constituía un clan (a.p. *viθ*), que más tarde pasó a identificarse con una unidad territorial formada por un número de ellas. Los clanes, con el paso del tiempo, se constituyeron como tribu (a.p. **zantu*), con un jefe al frente (a.p. **zantupati*). La suma de las tribus constituiría un país (a.p. *dahyu*), al mando del cual se situaba un rey (a.p. *xshāyathiya*). El historiador de Halicarnaso dividió además a las tribus persas en agricultores y nómadas, una polaridad típica en la representación helena de los pueblos bárbaros, que acostumbraba a asimilarlos muy a menudo con los bandidos (Briant, 1982a). Cabe destacar este origen de los persas vinculado al pastoreo porque no han sido pocos los autores que han relacionado las leyendas del fundador del imperio con una de las funciones de la tríada dumeziliana y porque en autores clásicos como Platón (*Leg.* 694e-695b) en el abandono de la vida austera vinculada a tal actividad se hallaba precisamente el origen de la decadencia de las costumbres persas (Dandamaev, 1989: 13; Briant, 1982a, 1989a; Llewellyn-Jones, 2024: 56-59).

De estos primeros reyes de Anšan nada leemos en Ctesias de Cnido y poco más hallamos en las páginas de Jenofonte, si bien Cambises I sí que sale muy bien parado en la *Ciropeia*. Su retrato es el de un consejero ponderado, sabio y prudente –socrático (García Sánchez, 2024)–, que recomienda siempre a su hijo aquella moderación y justicia que deberían hacer de él un soberano ideal (Xen., *Cyr.* 1.6.1-46; 8.5.20-26). Sobre su origen leemos que era *de la estirpe de los Perseidas*, y estos tomaron su nombre de Perseo (Xen., *Cyr.* 1.2.1; cf. Pl., *Alc.* 120e), una manera muy griega –a partir de una falsa etimología– de apropiación cultural, la consistente en vincular el origen de un pueblo histórico, también con Medea y los medos, a un personaje mítico heleno.

2.2. *Ciro el Grande: el príncipe ideal*

En una inscripción proveniente de Ur, un rey persa se proclamaba “hijo de Cambises, rey de la tierra de Anšan”. En los ladrillos de Uruk leemos que era “hijo de Cambises, rey poderoso”. Nos hallamos ante *Ciro el Grande* (559-530 a. C.), nacido entre el 600 y el 590 a. C., el fundador del Imperio aqueménida, junto a la figura reverenciada de su padre, Cambises I, un soberano de Anšan del que casi nada sabemos, pero muy bien valorado en las fuentes clásicas como un monarca ejemplar. *Ciro el Grande* hizo suya la titulatura mesopotámica *šar kiššati*, rey del mundo o del universo, y con la fundación del imperio dio nacimiento a uno de los imperios más grandes que jamás hayan existido.

Un vuelco radical en lo relativo a la generosidad documental se produce cuando pasamos a analizar su figura, un auténtico espejo de príncipes tanto en las fuentes clásicas como en las fuentes mesopotámicas o en la Biblia. Reverenciado en las fuentes babilónicas como un rey de justicia comparable a Hammurabi (*Cilindro de Ciro*, CB § 11; figura 2.2; documento 2), restaurador de la libertad de los judíos con la reconstrucción del templo de Salomón (*Esdra* 1.7-11; 5.14-15), un gobernante modélico para los autores clásicos, por antonomasia la *Ciropedia* de Jenofonte y con la excepción de Ctesias de Cnido en sus *Historias de Persia* (García Sánchez, 2009: 97-98), su figura como rey tolerante, clemente y respetuoso con los cultos y las tradiciones locales quizás ha sido injustamente subestimada en la tradición en comparación con el macedonio Alejandro Magno, el romano Julio César o el mongol Genghis Kahn, en especial si tenemos en cuenta que él fue el primer gran rey, el grande, el rey del mundo (Velázquez Muñoz, 2021; Waters, 2022; Mitchell, 2023).



FIGURA 2.2. *Cilindro de Ciro el Grande*. https://www.britishmuseum.org/collection/object/W_1880-0617-1941

Aunque Ctesias (Ctes. *FGrHist.* 688, F8d) afirmaba que los padres de Ciro fueron un bandido mardo, Atradates, y una pastora de cabras, Argoste –un origen humilde del rey que recrea, sin duda, un antiguo motivo folklórico mesopotámico: el del villano, como Sargón, que asciende a la realeza (Kuhrt, 2003: 356)–, ello no se corresponde con la ascendencia del soberano persa que leemos en la mayoría de las fuentes clásicas, Heródoto y Jenofonte incluidos. El padre del fundador del Imperio aqueménida contrajo un matrimonio dinástico con la hija del rey medo Astiages. De la unión entre Cambises y la princesa meda Mandane nació Ciro, que sucedió a su padre en el trono en el 559/8 a. C., una época en la que el Oriente Próximo era un mosaico de reinos rivales, que acabarían por coaligarse para hacer frente a la imparable expansión persa: Media, con capital en Ecbatana y regida por Astiages; Lidia, con capital en Sardes y gobernada por Cresos; la Babilonia de Nabónido; el Elam, con capital en Susa y regido quizás por el rey Ummaniš, y, finalmente, el Egipto saíta del faraón Amasis.

Son las *Historias* de Heródoto las que inauguran el relato sobre la carrera político-militar de Ciro, aquella que lo condujo del niño expósito al fundador del imperio, si bien contamos con otras versiones sobre su origen, en especial las de Jenofonte en la *Ciropeia* y Ctesias de Cnido en sus *Historias de Persia* (Hdt. 1.95.1; cf. Xen., *Cyr.* 1.2.1; 1.4.25 Ctes., *FGrHist.* 688, F8). Es más, no solo existieron variantes sobre su llegada al trono, sino que además no hubo unanimidad a la hora de determinar su relación con los medos, gobernados por su abuelo Astiages, ni sobre el afecto que este sintió originariamente hacia su nieto, ni tampoco sobre su muerte.

Según Heródoto (documento 1), Ciro era hijo del persa Cambises y de la hija del rey medo, Mandane. Ante el temor de ser destronado por su nieto y por consejo expreso de los magos, los sacerdotes de la religión mazdeísta, a partir de un *omen imperii* en forma de sueño que tuvo Astiages y en el que del sexo de su hija se extendía imparablemente una cepa por toda Asia (Hdt. 1.107; 108.1-2; Nic. Dam., *FGrHist.* 90, F66), el monarca medo ordenó al noble Harpago que matase al vástago de su hija Mandane. El astuto y cauto consejero real, temeroso de su suerte cuando, una vez fallecido Astiages, vistiese la púrpura su hija Mandane (Hdt. 1.109.3-4), optó por encomendar el ingrato mandato al boyero de Astiages, Mitradataes, que recibió la orden fatal de exponer al neonato en el agreste monte. La providente fortuna se sirvió de la desgracia del boyero y de su esposa,

Cino-Espaco, que acababa de dar a luz un niño muerto (Hdt. 1.112.2-3), para que el futuro gran rey encontrase unos padres de adopción, que obraron con prudencia y le pusieron un nombre cualquiera y no el de Ciro (Hdt. 1.113.3). El significado del antropónimo Ciro (a.p. *Kuruš*) (Schmitt, 1993: 515-6) habría que relacionarlo con la raíz irania *kur-*, que significaría “ciego”, incluso con el nombre de un río, pero otros autores lo asocian con “niño” o “héroe”, quizás “humillador del enemigo”, un adjetivo de carácter étnico, aunque todo parece indicar que el significado más exacto sea el de “joven, niño o adolescente”, mientras que serían erróneas las traducciones de Ctesias (*FGrHist.* 688, F15.51) o Plutarco (*Artax.* 1.3), que lo identificaban como “sol”. Es posible también que en la mentalidad griega se asociase su nombre con *kýrios* (“señor”).

El niño, a los diez años, recibió un nuevo presagio de poder, pues fue elegido rey por sus compañeros de juego (Hdt. 1.114.2). Nos hallamos frente a un motivo folklórico iranio que aparece también en las leyendas de Khusrō y Ardashēr (Christensen, 1936: 114; Skjærvø, 1998: 105). A tan temprana edad ya mostraba precocidad en sus dotes para el mando (Hdt. 1.116.1). Más tarde la verdad fue desvelada y el anuncio de que Ciro estaba vivo se tornó contra Harpago, que, como castigo a su desobediencia, devoró sin saberlo a su propio hijo durante un banquete en la mesa del medo Astiages. Muy distinta fue, por supuesto, la reacción de los padres del futuro rey, Cambises y Mandane, que, tras recibirlo con enorme alegría y para que la salvación de su hijo apareciera aún más milagrosa a los persas, difundieron el rumor de que al ser expuesto lo había criado una perra (Hdt. 1.122.3; cf. Ael., *VH* 12.42). La leyenda recoge un lugar común de la narrativa oriental, con una larga tradición en el mundo iranio y que pervivió después en la cultura islámica, pero también el mitema indoeuropeo del expósito, recurrente en la mitología griega –Edipo o Perseo– y que figura también en la tradición romana relativa a Rómulo y Remo. Es muy posible que, entre las versiones de la historia de Ciro, Heródoto escogiese una leyenda meda, especialmente si tenemos presente que el nombre de la madre adoptiva de Ciro, Espaco, deriva del término **spaka* (a.p. **saka*), una forma dialectal meda cuyo significado es “perro”, animal, por cierto, venerado por los fieles del zoroastrismo.

La versión de Heródoto recoge toda una serie de motivos propios de las leyendas orientales: